

Felicia, por Johana Acosta

El ambiente de ese hospital ponía nervioso al señor Gerardo, llegó hasta allí por impulso, se supone que no volvería a ver a la niña que visitaba, pero esa tarde cuando regresaba del trabajo a su casa no pudo evitar desviarse, algo lo atrajo hasta allá, quizás su curiosidad o quizás el cariño que sentía hacia Alejandra. Una enfermera lo guiaba por los pasillos llenos de luz del edificio, y varios pacientes se dedicaron a observarlo, unos amenazantes, otros intrigados, al ser un hospital tan pequeño todos se conocían allí y también conocían a los visitantes frecuentes, era la primera vez que veían al señor Gerardo.

–Por aquí – dijo la enfermera, y se adentraron a una amplia habitación donde varios pacientes estaban sentados jugando juegos de mesa entre ellos o con algún visitante, también habían otros que estaban sentados solos, como era el caso de Alejandra. Gerardo se acercó con cautela y la enfermera notó algo de miedo en él.

–Alejandra, tu tío vino a verte – dijo ella para llamar la atención de la pequeña niña de doce años que jugaba sola con unas cartas. Alejandra tardó en levantar el rostro y esos cortos segundos fueron suficientes para aumentar el nerviosismo, no sabía como iba a reaccionar su sobrina al verlo de nuevo. Cuando la niña lo miró y no dijo nada, Gerardo se sentó, aún tenso, y la saludó.

–Creí que te habías olvidado de mi – dijo Alejandra cuando la enfermera se retiró. Posó su mirada sobre la de su tío y él notó en ella una tristeza que no había visto antes, ni siquiera ese día que le abrió las puertas de su casa para vivir con él, su esposa y sus dos hijas, después de que su madre fuera internada en un hospital psiquiátrico por una aparente crisis psicótica que la había empujado a matar a su marido.

–¿Cómo olvidarte? – dijo él con sinceridad, – ¿Te tratan bien aquí? – preguntó mirando de reojo a la enfermera que los observaba. No obtuvo respuesta de Alejandra, ella solo se dedicaba a barajar las cartas en sus manos – Me dijeron que pronto te trasladarían al mismo hospital que tu madre, debes estar feliz por verla de nuevo – Alejandra se quedó helada por unos segundos y volvió a mirar a Gerardo.

–Sé que ellos no saben que hacer conmigo – dijo ella. Gerardo sintió tanta pena por ella que quiso abrazarla y llorar, se preguntaba por qué la vida había sido tan injusta con esa niña, cómo hubiese sido todo si el padre no hubiese maltratado a la madre (la hermana de su querida esposa), qué hubiese pasado si ese mismo hombre no hubiese muerto esa noche y su madre hubiese decidido divorciarse, cómo sería todo si Felicia, la terrible Felicia, no existiera.

Cuando volvió a su auto, sintió un fuerte malestar, una sensación de culpa. Quería salvar a Alejandra, pero se supone que al dejarla allí hacía lo correcto. Ese asunto era mucho para él, y se sintió más culpable aún cuando se dió cuenta que se arrepentía de haber

permitido que esa niña viviera con ellos, lo hizo por complacer a su esposa y terminó encariñándose.

Fue una noche lluviosa cuando el teléfono sonó mientras veían una película en familia, Gerardo tenía buen instinto y cargaba todo el día un mal presentimiento. Al escuchar la voz alarmada de su esposa después de contestar, supo que algo había pasado, lo que no dedujo era lo que ocurriría en los próximos dos meses. Unos días después de esa llamada llegó Alejandra a su hogar, desde su primera conversación con ella supo que era una niña inteligente, amable y aplicada, ayudaba en todas las tareas del hogar, siempre estaba atenta, argumentaba muy bien para su edad y pasaba la mayoría del tiempo leyendo los libros que Gerardo le prestaba. Lo único que notó en ese momento era que no conseguía que se llevara bien con sus hijas, ambas excluían a Alejandra e incluso llegó a escuchar una que otra burla que reprendió al instante, pero creyó que eran simples celos.

Una tarde en particular se sentaron a hablar de libros y descubrió que Alejandra tenía una amiga imaginaria que le gustaba más escribir que leer, la llamaba Felicia. Alejandra inventaba muchos cuentos de Felicia y Gerardo la escuchaba entretenido y maravillado con la imaginación de su sobrina, hablaba de esa amiga imaginaria con tanto detalle que pensó que si Alejandra se dedicaba a escribir crearía muy buenos personajes. Todo parecía bien, pero al segundo mes un accidente ocurrió en su casa. Su hija mayor se había fracturado el brazo y aseguraba que había sido su prima quien la empujó por las escaleras. Al volver del hospital Gerardo habló con Alejandra, confundido por sus acciones, pero esta llorando le repetía que no había sido ella, que la culpable era Felicia. El estaba enfurecido por sus mentiras, pero ella sin querer abandonar esa familia donde vivía tan cómoda, buscó entre sus cosas la prueba de sus palabras y se la entregó a su tío. Un cuaderno doble línea usado como diario fue lo que recibió Gerardo, con paciencia leyó algunas páginas, pero hubo un escrito en particular que llamó su atención: “Me encargué de nuestro padre, ya no lastimará a mamá...” los hechos de aquella tragedia de los padres de Alejandra narrados por ella misma, o mejor dicho, por Felicia. Cuando terminó de leer volvió la vista a ella, pero en ese instante se dió cuenta que ya no era la niña inocente que había llegado el primer día a su casa, su mirada se había vuelto oscura, aparentaba incluso más edad, esa no era su sobrina; por primera vez vió la otra personalidad de Alejandra, por primera vez vió a Felicia.

¿Estaba seguro de que se arrepentía de haber dejado que ella viviera en su casa? No sabía la respuesta y no quiso pensarlo más por ahora, le dio una última mirada al hospital psiquiátrico a través de su ventana, y se marchó.